



## ¿QUÉ HACER CON MIS ORGASMOS?

**Juan Camilo Arias Castrillón**

Estudiante del Programa de Psicología

Funlam

[Juan.ariasju@gmail.com](mailto:Juan.ariasju@gmail.com)

“Ten por seguro que no ahorraré nada para pervertirla, para degradarla, para echar por tierra en ella todos los falsos principios de moral con que hayan podido aturdirla; en dos lecciones quiero volverla tan malvada como yo..., tan impía..., tan corrompida.”

Sra. De Saint-Ange al Caballero. Filosofía en el tocador.  
El Marqués de Sade.

¿Usted sabe cómo goza? Acaso usted caballero sabe qué es eso que con solo verlo hace que su pene se erecte. O usted, señorita, ¿conoce acaso ese estímulo que hace que su respiración se acelere, su temperatura se eleve, su piel se erice y su entrepierna se humedezca?

Todos los seres humanos atravesamos por una fase en nuestra vida, normalmente en la temprana infancia, en la que nos preguntamos a nosotros mismos: ¿de dónde me viene a mí el placer? ¿Cómo gozo? Y en búsqueda de esa respuesta, los hombres, desafortunados, bajamos la cabeza, fijamos la mirada en nuestra entrepierna y allí encontramos ese apéndice que se levanta orgulloso entre dos bolitas y nos responde la pregunta, nos baja la angustia, que después volverá por el temor a perder ese placer; pero en ese momento simplemente nos entrega la tranquilidad de una pregunta respondida. Las mujeres, por otro lado, fueron más afortunadas. Al bajar la cabeza y mirar entre sus piernas, solo encontró un agujero, un hueco, una nada. Su angustia se disparó inmediatamente, pero la angustia promueve la búsqueda. Y pronto se da a la

tarea de encontrar eso con lo que goza, explorando colores, sabores, olores, caricias, etc. Hasta encontrar eso que le satisface.

A lo largo de mi reflexión me he sorprendido de la vaguedad con la que los hombres describen eso que les gusta en una mujer: “tiene un no sé qué, en no sé dónde”... o la burda simpleza “tiene unas tetas... y un culo”. Las mujeres, por otro lado, usualmente conocen ese rasgo que les llama la atención, y son rasgos tan múltiples, tan heterogéneos, tan diferentes unos de otros, como las mismas mujeres. (Aquí hago alusión a la bella y tan controvertida frase de Lacan “La Mujer no existe”, que yo leo en clave de defensa de la subjetividad de cada mujer, pues no puede ser puesta en un conjunto bajo la lógica del tener, sino que es única en esa invención que hace de su propio goce) Que la espalda, que las piernas, que la personalidad, que la voz, que la mirada, que la barbita, que el dedo gordo del pie derecho, que la cicatriz en el codo izquierdo, etc. En general: Que el brillo en la nariz. (Miller, 2009)

Los hombres tienen la infortuna de responder con simpleza su pregunta por la génesis de su placer, y pocos se aventuran a preguntarse por algo más; quizás producto de la ansiedad que conlleva el miedo a perder ese placer que está tan seguro. Las mujeres enfrentadas a la angustia de no saber se han encontrado con la pluralidad de su goce, y han aprendido a valorar el placer del erotismo. Nunca han tenido nada que perder en la búsqueda, nunca han tenido. Ezequiel López Peralta, sexólogo argentino, propone una frase en uno de sus libros “el sexo es limitado, el erotismo es infinito”. (López, 2013) Bajo la lógica que propongo el goce fálico, el goce sexual que se concentra en el pene como única fuente de placer, es un goce sexual limitado; mientras que el goce femenino, un goce basado en la nada, un goce construido es un goce erótico, creativo.

En este punto radica la importancia de masturbarse. Woody Allen, director de cine (y casi filósofo) dijo alguna vez en algún lugar que no viene al caso recordar: “masturbarse es hacerle el amor a la persona que más amamos”. Masturbarse, además de ser un goce onanista, egoísta y privado; viene con una gran ventaja, que es casi una tarea: Conocerse a sí mismo; como si el mismo oráculo de Delfos en la Grecia antigua dijera: “mastúrbate”. Al masturbarse cada uno puede colegir fácilmente los puntos del cuerpo que le agradan para ser

estimulados, la forma de estimulación, y si se es lo suficientemente hábil, las fantasías con las que se provoca el ambiente. Estas últimas pueden dar una pista muy importante para encontrar esos rasgos de perversión que constituyen el erotismo subjetivo, el brillo en la nariz.

Ahora se preguntarán, ¿y este tipo por qué viene a hablarnos de esto en un espacio académico tan serio como la Jornada de lectura de ensayos? La respuesta no es muy compleja. Freud desde sus inicios coligió la importancia de la vida sexual de los seres humanos en la vida psíquica, de esta tesis partió en sus primeros estudios y está bien desarrollada en sus “tres ensayos de teoría sexual” (Freud, 1905). Freud defiende la tesis de que la vida anímica de los seres humanos tiene un fundamento clave en la sexualidad y esta última debe ocupar un espacio privilegiado en la clínica psicoanalítica (me permitiría agregar “psicológica” en pro de aquellos que defienden la tesis de que el psicoanálisis no es psicología, pero eso es objeto de otro debate).

Sin embargo, Freud propone también que la sexualidad humana trasciende las barreras de la mera genitalidad. Esa idea, que en su principio implicaba comprender la sexualidad más allá del pene y la vagina hacia otros órganos, como la boca o el ano, en otras acciones diferentes al coito como la defecación o el chupeteo; ahora tergiversada por 110 años de psicólogos y psicoanalistas implica que la sexualidad es todo, cualquier cosa. Personalmente soy amigo de esta idea, pues en todo lo que hacemos podemos colegir el intercambio sexual de placer que se lleva a cabo. Aquí mismo, si me permiten el uso de esta figura literaria, yo estoy eyaculando sobre ustedes mis ideas y ustedes las reciben (algunos con asco, otros con delicia, otros con un poco de pudor), casi con el mismo placer con la que yo se las eyaculo, al igual que mis compañeros de mesa eyaculan sobre ustedes, como si esta lectura de ensayos fuera una suerte de bukake. Sin embargo no comparto el uso resistente y poco ético que le hemos dado a esta “tergiversación”. Me parece que pensar “la sexualidad es todo” es una forma que tenemos los psicólogos mismos de resistirnos a tratar sobre la sexualidad en términos freudianos en el consultorio. Es decir, pensamos que la sexualidad es todo para poder encargarnos de todo menos de la sexualidad, pues esta última es ominosa y, al ser el núcleo sobre el que se funda el psiquismo humano, se hace difícil “el abnegado olvido del sí mismo” y caemos fácilmente en identificaciones contratransferenciales.

En argentina tuve un profesor, Alfredo Grande (fundador del psicoanálisis implicado) que nos propuso en una clase “hay que preguntarle al paciente ¿y usted como coge?” (En traducción al español colombiano sería “¿usted como picha?”) Pues en esa pregunta, en los actos sexuales propios de la satisfacción primigenia, se esconde una veta de material clínico importantísimo dispuesto a ser explorado. Sin embargo esta veta puede verse fácilmente contaminada, o desaprovechada, por la resistencia propia de los psicólogos a tratar este tipo de temas en la terapia, a reconocer su propia sexualidad, a explorar su propia sexualidad y reconocer sus propios rasgos de perversión.

En la clínica el paciente viene a hablar de sí mismo, que no es otra cosa que hablar de su sexualidad; de sus experiencias de placer y de goce. La responsabilidad ética del psicólogo es atender ese llamado, hacer un manejo ético de la veta de material clínico que nos ofrece el paciente. Y para esto es necesario el autoconocimiento del propio goce del terapeuta.

Cierro con la pregunta que abrí ¿Usted sabe cómo goza? Si lo sabe ya tiene la mitad del terreno ganado. La invitación a todos es sencilla Mastúrbese (entiéndase: conózcase) y haga un uso positivo lógico de ese conocimiento en pro de la clínica ética. ¿Qué hacer con mis orgasmos? Conocerlos, y aprovechar ese conocimiento para vencer la resistencia de adentrarse en la sexualidad de los pacientes.

## Referencias

- Freud, S. (1905) Tres ensayos de teoría sexual. Obras completas Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- López, E. (2013) El erotismo infinito. Bogotá: Penguin Random
- Miller, J. A. (2009) Lógicas de la vida amorosa. Buenos Aires: Manantial.
- Sade, D. A. F., Marques de (2007) Filosofía en el tocador. Buenos Aires: Gradifco